

CARTA TRIGESIMA PRIMERA.

EL MARQUEZ Á SU HIJO.

Todavía sufres combates, hijo mio, mas estos conducen á la victoria; al ménos dan á conocer un corazon naturalmente virtuoso. Este corazon es flaco todavía; siente dificultad en hacerse violencia; sin embargo, conoce bastante lo que debe y lo que necesita practicar; y teme tan solo no poderlo hacer. Por una parte la pasion, las ilusiones que esta trae consigo, y los pretextos con que se excusa; por otra el honor, la razon, el deber: qué oposicion! qué contraste! ¡y que duro es y penoso combatir de este modo, y estar á cada instante combatido por sí mismo! mas tambien, ¡qué bello es y que glorioso triunfar de sí! ¡Cuán dulce y consolador vencerse uno mismo! Amigo mio, esta victoria es digna de tí: y yo me atrevo á esperarla de tus esfuerzos. Aquel que preside á la virtud, aquel Dios cuyas leyes reverencias ahora, y cuyo poder conoces, despues de haberte dado libertad, no te dejará sin socorro y sin fuerza para que hagas buen uso de ella. La paz que infructuosamente buscas en tus pasiones, que inútilmente quierés sacar de tus errores, será el premio de tu triunfo; y en la calma de que gozará tu conciencia te devolverá con usura el precio de los sacrificios que hayas hecho. Permite pues querido Valmont, que la verdad, para que gane mas imperio sobre tu alma, acabe de iluminar tu razon. No eludas con excusas frívolas las leyes que el deber te impone; y para estar enteramente de acuerdo con él, comiezuza por ser de buena fé con tigo mismo. Alegar la fuerza de tu inclinacion, seria exagerar como vil esclavo la pesadez de tus cadenas para dispensarte de romperlas: mirar como un obstáculo invencible para separar á Senneville la amistad que la tierna y virtuosa Emilia le ha profesado, seria suponerla tan débil como tu en su afecto, ó no considerarte capaz de mostrarte tan fuerte y

tan generoso como ella, cuando sea tiempo: en fin, respecto del público y de los miramientos, respecto de la Señorita de Senneville y de sus verdaderos intereses, ¡qué te quedará que objetar, si por uno de aquellos manejos felices que una providencia solícita sabe tan bien emplear en nuestras necesidades y en nuestras desgracias, el mundo mismo prescribe á Emilia un sacrificio que debe redundar en dicha suya y de su amada?

Mas he dicho lo bastante. Estos amigos, que el cielo me ha dado por precio de mi desgracia, y que estimarás en poco, te dirán demasiado.

Sin embargo, es menester, para resolverte á renunciar tan penosas, algo mas seguro todavía que el sentimiento, y mas fuerte que la razon: es menester, amigo mio, el socorro de la religion, tal cual te la presento. La religion cristiana con todos sus misterios, te parece una ley mui ciega, un monton mui absurdo de contradicciones y de errores; te parece una invencion humana mui impropia para ser la creencia de verdaderos sábios, mui desacreditada en el tribunal de la razon, de las ciencias y del ingenio, para que siquiera pudieses pensar en adoptarla.

¡Qué preocupaciones te has formado contra la creencia de tus padres! Trabajar en destruirlas, es, de cuantos medios puedan sugerirme mi celo y mi cariño á tí, el primero que debo emplear para reconciliarte con ella.

Ya te lo he dicho, Valmont, y no he tenido dificultad en convenir en ello: una fé que no descansara sobre ningun fundamento sólido, una fé contradicha evidentemente por la razon, seria por esto mismo indigna de un ente racional; seria la obra de la seduccion, del error, y el fruto de la preocupacion. Admitirla, seria quitarse todo medio de distinguir la mentira; seria destruir toda regla de verdad. Pero digo tambien con la misma seguridad, que es calumniar á la religion y conocerla mui mal, atreverse á pretender que ella nos compele á creer sin razon, ó contra la razon misma. No, hijo mio,

no; la sencillez de la fé, no es la credulidad de una ignorancia ciega y estúpida: es la sumision ilustrada de un espíritu humilde y cuerdo, que sucumbe á la autoridad de Dios, luego que se cerciora de que Dios ha hablado.

La fé, á la verdad, se parece á aquella columna de fuego que guiaba á los Israelitas en el desierto: tiene su lado obscuro como su naturaleza lo exijia; pero tiene tambien su lado luminoso donde brillan los mas puros rayos de la verdad. La fé debia tener su obscuridad. Ella fué dada al hombre para instruirle en objetos, que supuesto el estado presente de las cosas, le importa mas conocer, pero que no tienen generalmente ninguna proporcion natural con su entendimiento; en objetos que no entran por sí mismos en la cadena de sus ideas, y de los cuales no se puede instruir sino por medio de la autoridad y de la revelacion. Le fué dada para suplir de una manera trascendental, si puedo explicarme así, á su débil razon, á esta razon limitada, que tendria mucho que trabajar, si fuera menester que de principio en principio, de racionio en racionio, llegase hasta el conocimiento de los secretos que Dios encierra en su esencia, y que él mismo nos ha descubierto proporcionadamente á nuestras necesidades. Pero hay mas todavía: esta fé cuyo precio desconoces, fué dada al hombre, para que hiciese al autor de su ser, un sacrificio, no de su propia razon, si de la demasiada confianza que en ella habia tenido; confianza presuntuosa y vana, castigada en casi todos los hombres, y principalmente en los falsos sábios con extravios muy vergonzosos. Bajo estos respetos, la fé debia sin duda ser obscura. Mas con relacion á los fundamentos en que deseansa, á las pruebas que acreditan su certeza, á los motivos que inducen á recibirla, ella debe ser distinguida de toda invencion humana, de toda creencia vana y superficial, de todo género de fanatismo y de impostura; y bajo este otro respeto, era menester que trajese consigo su especie de demostracion y su luz.

La trae en efecto, hijo mio, como espero manifestártelo muy pronto; y lo que teme de nuestra parte, ménos á la verdad por ella que por nosotros mismos, no es el exámen severo é imparcial de una alma recta, que solo quiere conocer la verdad y sacrificarle todo al punto que la encontrare; es la fria y estólida indiferencia de aquellos discípulos falsos, que la siguen sin discernimiento y sin motivos, que casi ni saben lo que creen, y que se inquietan todavia ménos por el cuidado de practicarla; es la ojeada desdeñosa é insultante que echau sobre ella esos entendimientos orgullosos, que desde la altura de su pretendido ingenio, desprecian su interesante y noble sencillez; son esos fantasmas, que levantan en su contra esos hombres vanos, hinchados con su saber, que no quieren otros conocimientos que los que han adquirido, ni mas opiniones que las que los hacen singulares, ni otra creencia que la que se han formado [a]; es el exámen crítico pero infiel, de esos maldicientes de nuestros dias, á quienes la prevencion y la pasion, hacen ménos atentos al encadenamiento y á la fuerza de sus pruebas, que á las dificultades que puedan oponerle y á las burlas que puedan hacer de ella; es tambien el exámen superficial de esos espíritus ligeros y dicipados, á quienes un folleto divierte, á quienes una sátira contra la religion hace reir y persuade, á quienes obras ingeniosas y frívolas fijan por algun tiempo, pero que tienen verdaderamente repugnancia á obras serias, á racionios profundos, y que mas bien prefieren el no creer nada, que trabajar con eficacia en ilustrarse y vencerse; son finalmente, de parte de sus propios hijos, las investigaciones curiosas y vanas, en las que por querer escrutar la magestad divina, son

[a] „El abuso del saber, produjo la incredulidad. „Todo sábio desdeña la opinion del vulgo; cada uno quiere tener la suya propia. La orgullosa filosofia conduce al espíritu fuerte, como la ciega devocion al fanatismo.” (Rousseau.)

oprimidos por su gloria, y en las que se substituyen opiniones humanas en vez de las luces del mismo Dios: ved aquí, hijo mio, lo que la religion teme respecto de nosotros.

„Empero si por el contrario, queremos estudiarla y meditarla con las disposiciones convenientes, ah! ella nos invita á esto, mui léjos de prohibirnoslo, y de este estudio, forma el principio de nuestra fidelidad y la materia de su triunfo. „Hijo mio, te dice hoy por mi boca, depon tus „preocupaciones peligrosas: no te pido para que „me creas, nada sino que me profundises; no necesito para ser amada, mas que ser conocida. Luego que me hayas visto tal como soy, tu único „pesar será el de haberme ultrajado, tu celo por „mi gloria será mayor que el odio que te armaba „contra mí. Luego que comenzares á amarme, haré tu felicidad. Entónces fijaré tu espíritu, y „tranquilizaré tu corazón; santificaré tus acciones; „arreglaré tus inclinaciones, disminuiré tus necesidades, aliviaré tus males; aseguraré y perpetuaré „tus placeres purificándolos.” Escucha este lenguaje tan dulce, Valmont querido, estas promesas tan alhagüeñas, cuya realidad yo mismo tengo experimentada; y ante todas cosas, hasme la gracia de pensar, que si creo en la religion cristiana, no es una verdad sin fundamento y sin pruebas.

„Á pesar de esto, la fé tiene sus misterios, y estos misterios, dices tú, son contradicciones y absurdos.” La fé tiene sus misterios; te he dicho la razon de ellos: y aunque no la hubiera dicho, ella se presenta por sí misma. Misterios! Pero Valmont, ¿dónde no los hallará el hombre? Por donde quiera la razon y la naturaleza tienen los suyos. [1]

La metafísica tiene sus profundidades y sus abismos; la física tiene sus fenómenos inexplicables; entre sus insectos, tiene sus polipos; la materia, segun se gusta creer y segun se pretende demostrar, tiene su divisibilidad infinita: la geometria tiene sus líneas asigmtotas, que se aproximarán siempre sin cortarse jamás, aunque se prolonguen á lo

infinito: el conocimiento de Dios por solo la razon, fuera de otras dificultades, nos deja conciliando en sus atributos la necesidad del ser y de la libertad: solo el hombre, sin el socorro de la revelacion, es un misterio para sí mismo.... ¿Y no permitirás, que una religion mui superior á los conocimientos y á las leyes de la naturaleza, que nos descubra lo que hay mas insondable y mas oculto en la divinidad, nada tenga de obscuro y misterioso? ¡Mortal andáz! Si el vuelo atrevido de tu razon orgullosa debe hallar límites en algun punto, ¿no será por lo ménos en el borde de lo infinito [a]?

„La fé tiene sus misterios, y estos misterios son „contrarios á la razon.” Dí mas bien, Valmont querido, son superiores á nuestra razon, á la razon humana; pero no son contrarios á ella: y por mas que diga un sofista ingenioso, es inmensa la diferencia que hay entre una y otra cosa.

„Sin subir hasta proposiciones geométricas tan ciertas para un geómetra, tan conformes á su luz, y con todo tan superiores al entendimiento rudo y grosero de un aldeano y de un artesano sencillo, ¿cuántas otras verdades, sensibles para un hombre de razon ejercitada, dejan de serlo para el de una razon sin ejercicio y sin cultivo! ¿Crees que sea incomprendible para un ángel ó para Dios, lo que no puede comprender el hombre? ¿Tienes por falso cuanto excede á tu débil inteligencia? ¿Y te atreverías á tomar á tu razon por medida de la posibilidad [b]? ¿Y á los ojos de la recta razon, que

[a] Esto mismo explicó Voltaire en estos versos.

„La razon te conduce; adelántate á su luz; dá toda „vía un paso, pero deten tu marcha; todo curso debe „parar al borde de lo infinito; allí comienza un abis- „mo; es necesario respetarlo.... ¿Por qué pues afligirme, „si mi débil mirada no puede penetrar la obscuridad „que me circunda? No he de imitar al sábio desgra- „ciado, que por escudriñar imprudentemente los fuegos „del Etna, andando sobre sus montones de betun y ceniza, fué devorado por el fuego que trataba de comprender.”

[b] Los geómetras demuestran que la diagonal de

cosa es un absurdo y una contradiccion? Lo que presenta el ser y el no ser en un mismo objeto y bajo la misma relacion, es lo que á la vez contiene bajo el mismo punto de vista negacion y afirmacion. Mas los misterios, que á primera ojeada mas bien asustan á la imaginacion que á la razon, considerados de cerca, no presentan una cosa semejante. La manera de ser, el *como* de ellos, es inconcebible; pero en la verdad axacta, nada tiene absolutamente incompatible.

La Trinidad v. g., ofrece términos obscuros bajo ciertos respectos, pero no envuelve ideas contradictorias. No se nos dice que lo que es *uno* es tambien *triple* bajo el mismo respecto y en el mismo sentido; que *tres* cosas de cierta especie, solo hacen *una* de la misma especie, lo cual fuera un absurdo: ni se propone á mi fé un Dios y tres Dioses á la vez, sino solamente tres personas en Dios, que forman un solo Dios. La Trinidad se dice de las personas, y no de la substancia: [a] en aquellas no hay limites, no hay division, no hay separacion; el cristiano adora un solo ser omnipotente, eterno, inmenso, infinito; y sus atributos son comunes, son totalmente de cada persona, en la unidad y la simplicidad perfecta de una misma esencia [2]. ¿Cómo explicar esta fecundidad divina, esta union de tres personas en una sola substancia, toda la energía de esta palabra *personas*, empleada para expresar, dice San Agustin, [b] lo que hay verdaderamente superior á toda expresion? Nada sé de esto; y en esto consiste el misterio que la fé me propone: pero me basta por quanto á las ideas que contiene, que nada se pueda demostrar en el que sea un absurdo [3].

Asi tambien respecto de la Encarnacion, la fé nos muestra un cuadrado es incomensurable con los lados del mismo cuadro, y es imposible explicar como pueda ser esto así.

[a] Neque confundentes personas, neque substantiam separantes. (*Símbolo de San Atanacio.*)

[b] De la Trinidad, lib. 5.º cap. 9.

ofrece, no un Dios que haciendose hombre alterara en sí esta naturaleza divina esencialmente inalterable; sino un Dios, que sin dejar de ser cuanto es por sí mismo, se dignó unirse á la naturaleza humana. Las variaciones, los abatimientos, los sufrimientos no recaen en el Verbo hecho carne, sino en la humanidad; y en Jesucristo, por la union de ambas naturalezas, los méritos son de un Dios, los sufrimientos son de un hombre. Esta reunion es admirable, la idea es incomprendible, pero no es contradictoria.

En la Eucaristía, el mismo cuerpo inmolado en la cruz, está en el cielo y en la tierra; pero segun físicos ilustrados y filósofos profundos, no es menester que haya por todas partes la misma cantidad numérica de materia, y absolutamente las mismas partículas, para que haya en todas partes el mismo hombre, y hablando propiamente el mismo cuerpo [a].

En todo esto pues no veo mas que dignos efectos de su causa, de una causa soberanamente fecunda interior y exteriormente, soberanamente poderosa, soberanamente buena. Veo con admiracion y con trasporte á la divinidad con una calidad inmensa, que así como todos sus atributos, participa de su infinidad; y mui léjos de que mi fé se altere por estos misterios, al ver en el Dios de los cristianos tanto amor á los hombres, reconozco á mi Dios.

En el pecado original, misterio el mas incomprendible de todos y sin el cual nosotros somos todavía mas incomprendibles, los niños han contraído la mancha de su primer padre, pero á modo de arroyuelos ensuciados en su fuente. Están degradados, no hay duda, nacen hijos de cólera; pero en su degradacion Dios les deja mas de lo que tendrían derecho de pretender, en la redencion de Jesucristo les dá mucho mas de lo que pudieran esperar. Acaso alguna vez te forzaré á convenir, en que sin el

[a] Para mayor ilustracion, vease la obra citada en seguida, nota 4.ª, sobre el misterio de la Eucaristía.

pecado del primer hombre, Jesucristo, si puedo hablar así, hubiera faltado al universo [a].

En todos estos misterios no veo pues cosas obscuras; nada veo á que la recta razon, la sana filosofia puedan llamar absurdo, pues que nada hay que esté contenido en el principio de contradiccion [b].

En efecto, amado Valmont, las cosas absurdas en sí mismas, las que se oponen á proposiciones evidentes, á las primeras nociones del sentido comun, son absurdas para todos los hombres. Has creer á una pequeña porcion del género humano que la parte es mayor que el todo, que una misma cosa puede ser y no ser aun mismo tiempo, que dos unidades hacen tres; y á pesar de esto, una parte del género humano creó nuestros misterios; [c] los mas grandes hombres los han creído; han hecho mas, han trabajado en defender y justificar en este punto su creencia [d]. [4]

[a] Los teólogos y los filósofos han formado sistemas diferentes acerca del pecado original. Ya no nos detendremos aquí; pero creemos poder enviar al lector á una disertacion que vá despues del *Aviso á los religionarios de Francia*, por de *Fouboune*; y para prevenir todo abuso de los sistemas de esta clase, nos contentaremos con observar, que tratándose de la enunciacion del dogma, se debe cuidar mucho de no dar una opinion particular por la doctrina de la Iglesia universal, única regla suficiente de nuestra fé.

[b] Así le llama Leibnitz, considerándole como regla esencial de lo que es verdaderamente imposible.

[c] „Si el incrédulo tuviese armas victoriosas contra los dogmas del cristianismo, si estos dogmas fueran tales que pudiera demostrarse su imposibilidad, nadie sería cristiano, ni podría serlo.” (*Ensayos de filosofia moral*, por Maupertuis.)

[d] „El grande argumento de los espíritus fuertes contra nosotros, está fundado en la imposibilidad de nuestros dogmas: y en efecto, si estos dogmas fueran imposibles, la religion que manda creerlos sería destruida. Por capciosos que hayan sido en este punto

Y qué, ¿despues de tantas reflexiones, no habrian podido ver en ellos, lo que la incredulidad nos hace ver como contradicciones tan palpables? Qué! ¿han descubierto tan perfectamente todos los absurdos que en su desarrollo y consecuencias contienen los sistemas de nuestros pretendidos espíritus fuertes, y con todo su ingenio no habrán podido penetrar las que en la religion se presentasen por sí mismas?

„Mas no podrán separar, me dirias por ventura, la religion de sus dogmas y de su obscuridad?” Separar la religion de sus dogmas! Y si Dios los ha unido á ella, ¿cómo quieres tu separarlos? Los dogmas son los que forman esencialmente el espíritu del cristianismo: no nos presentan especulaciones inútiles y frívolas: ellos son los que fundan toda la moral evangélica; los que despues de habernos hecho conocer toda la bondad, todo el amor de Dios á los hombres, sirven de los mas poderosos motivos para el reconocimiento y amor del hombre hácia Dios, de mas firme apoyo á su valor, de sosten á su esperanza, y de principio á sus méritos; son los que uniéndole mas intimamente al autor de su ser, le ligan con mas estrechez á sus hermanos; los que para el verdadero fiel se convierten en fuente de las alegrías y consuelos mas puros; los que constituyen la basa de sus virtudes mas sublimes; los que le hacen capaz de los esfuerzos mas heroicos y de la constancia mas perfecta; son los que hacen de la religion cristiana el cuerpo de doctrina mas seguido, el sistema mejor enlazado en todas sus partes, el conjunto mas uno y completo, y la obra mas digna de la divinidad. ¡Separar la religion de sus dogmas! Oh hijo mio! ¡Sería ciertamente aniquilarla! Deja para los in-

„los razonamientos de algunos incrédulos, quienes leyeren las respuestas que les dieron hombres muy superiores, (Leibnitz, Mallebranche, &c.) verán cuan frívolos son tales razonamientos.” (*Maupertuis, en la obra citada.*)

ventos de nuestros falsos sábios el triste privilegio de poder ser alterados, modificados, reformados conforme á su capricho: deja para hombres vanos sistemas tan poco enlazados, tan trancos, tan mal adecuados; sistemas en que el error se contradice á cada instante, y desmentidos en tantas partes. El plan de doctrina que la religion nos presenta, no puede perder uno de sus artículos de fé, sin dejarnos ver bambolear, desplomarse y caer enteramente por sí mismo el edificio magestuoso levantado por ella.

De suerte, hijo mio, que el universo ha recibido la religion cristiana con sus dogmas y sus misterios. Preguntas por los votos que puedo contar en sus favor. Pregunta mas bien, amado Valmont, en casi todos los siglos alumbrados por su luz, á todos los pueblos á donde ha sido llevada, entre todos los grandes hombres que han brillado en el mundo por su génio y sus talentos, y que la han examinado tan escrupulosamente y discutida con tanto cuidado, pregunta con cuales votos no cuenta.

Apenas habia nacido la Iglesia, el cristianismo estaba todavía en su cuna, y ya sus apologias, difundidas por todas partes, eran la obra de los filósofos mas virtuosos y mas ilustrados. Tu contarás mas bien el pequeño número de aquellos que pretendieron combatir y destruir la religion en el tribunal de la razon y de la filosofia, los Celsos, los Julianos, los Porfirios, y no la muchedumbre de aquellos que en este mismo tribunal la defendieron y la hicieron triunfar tan gloriosamente. Repasa en estos primeros tiempos las obras de los Justinos, de los Arnobios, de los Lactancios, de los Tertulianos, de los Origenes: recorre las de todos los Santos Doctores que la Iglesia reconoce por sus padres, y que en sus escritos, apesar de las incorrecciones y defectos de su siglo, son todavía bajo tantos aspectos y por tantos títulos, dignos de la admiracion del nuestro: los Irineos, los Ciprianos, los Atanacios, los Hilarios, los Basilio, los Cirilos, los Gregorios de Nasianso, los Ambrosios, los Gerónimos,

los Agustinos, los Crisóstomos: ve tantos génios diversos, de tantas naciones diferentes, bajo tantas épocas notables, que se someten al yugo de la fé: acuérdate que eran hombres literatos, sábios, oradores, imbuidos por lo general en preocupaciones absolutamente contrarias, nutridos con ideas y máximas de una filosofia orgullosa, y que por el carácter de su espíritu, por el género de sus estudios, por el interés mas exigente, por la resistencia de las pasiones opuestas, por el temor de los peligros y por la vergüenza de creer, eran llevados al examen mas severo: acuérdate, que despues de la predicacion de Jesucristo y de sus Apóstoles, el cristianismo comenzó por tantos hombres ilustres, que hasta tenían ménos que cristianos cuando trataron de serlo: y pregunta todavía, que género de examen y que votos cuenta la religion en su favor.

Pero acaso, Valmont, todos estos siglos no fueron para tí bastantemente ilustrados. Sin duda sólo hallarás verdaderas luces en el siglo de Bayle, de Espinosa, y en tiempos mas modernos todavía, en que por moda, por gusto, por falta de moralidad, por preocupacion, de todas partes se alistan bajo las banderas de la irreligion. Pues bien, hijo mio, elige el que te agrada con preferencia á cualquier otro, el siglo de los grandes hombres, elige el de uno de nuestros mas grandes monarcas, el siglo de Luis XIV, [a] mas grande quizás á nuestros ojos que el siglo de Augusto, si tuviera la misma antigüedad que él: en esta época tan distinguida, y entre todas las naciones ilustradas, cuenta, pesa, examina las autoridades, puesto que autoridad invocas; y veámos quien gana, si la religion ó la incredulidad.

[a] Este gran siglo, como le llama Voltaire en su carta, que sigue de las Observaciones del Abate Olivét sobre la lengua francesa. En otra parte le ha llamado el preceptor del siglo presente, al cual en sus Miscelaneas llama siglo de pequeneces. Este como se ve, es su discípulo, que al ménos en ciertos géneros, honra mui poco á su maestro.

Á ese pequeño puñado de hombres que en el siglo XVII levantaron el estandarte de la impiedad, que generalmente solo fueron célebres por su libertad de pensar, que todos y tanto se han desmentido, contradicho y opuesto, sin distincion de secta, ni de lo que mezcló á la creencia general, contrapon los Descartes, [5] los Leibnitz, [6] los Newton, [7] estos tres hombres, honor permanente del espíritu humano, que tanto se levantan sobre la esfera comun, que dominan con esplendor en el imperio de las ciencias, y dividen entre si los respetos de todos los filósofos modernos que se colocan en seguida; contrapon los Mallebranche, [8] los Bernovilli, [9] los Euler, [a] los Wolfio, [10] los Wollaston, los Cumberland, los Le Clerc, los Grocio. [11] Los Clark, los Abbadie, los Derham, los Nieuwentyt, los Bacon, [12] los Adisson, [13] los Pascal, los Arnaud, los Nicole, los Bossuet, los Fenelon, que no se contentaron con ser cristianos ó parecerlo, sino que todos han probado mui bien su creencia: ¡qué nombres (y no te miento otros), que hombres te he citado hijo mio! ¡Y cuán pequeño te hallarás á su lado, tu y los partidarios de tus errores! Opon sábios que el incrédulo ignorante ó malicioso se atreve á citar en su favor; sábios á veces mui osados en sus sistemas, poco mesurados en sus expresiones, arrebatados por el fuego del génio mas allá de los límites fijados por la religion, seducidos tal vez por un vano deseo de gloria; porque ah! ¡cuánto ha empañado la gloria el deseo de aumentarla! pero que siempre conservaron en su corazon y en sus escritos, aun en medio de sus extravios, la religion que en ciertas partes parecian abandonar. Tales fueron con respecto al cristianismo un Locke, [14] un Pope, [15] un Hobbes, acaso con todos sus falsos principios, [16] y tantos otros del mismo género:

[a] Digno discípulo de Bernovilli, y de quien dije Condorcet hablando de sus conocimientos físicos y matemáticos: uno de los hombres mas grandes y mas extraordinarios, que la naturaleza produjera jamás.

porque es un abuso grande y peligroso, hijo mio, que la incredulidad vocifere fácilmente, contando entre los enemigos de la religion hombres de cierta nombradía, que hasta en sus sistemas la han querido ó por lo ménos respetado, repugnándolo ellos.

Á estos filósofos, á estos sábios, añade los padres de nuestra buena literatura, los Corneille [17], los Racine, los Despréaux [18], un La Mothe, un J. B. Rousseau, un La Fontaine [20] que tan amargamente ha deplorado los desarreglos de su imaginacion y las licencias vergonzosas concedidas á su pluma.

Este era el siglo de las grandes cosas, el siglo de los grandes hombres, y era tambien el siglo de la fé: y en nuestros dias en que todo se vuelve tan limitado, tan pequeño, tan estéril, excepto quizas en punto á futilidades, ¿se gloriará uno de ser incrédulo? Ah! cuando nosotros nos jactamos de mirar mejor que los que nos precedieron, cuando nos li-songeamos con dar el tono á los que vengan despues de nosotros, ¿en qué se fundan pues nuestras pretensiones? ¿Dónde están nuestros inventos? ¿Cuáles son nuestros descubrimientos, comparados con los de aquellos hombres raros y sublimes que nos han ilustrado? En el siglo XVII, por donde quiera se vieron brillar los rayos del génio; se vieron, si me puedo explicar así, los espíritus ensendiéndose, inflamándose, produciendo á porfia las obras maestras, y haciendo brotar en todas partes el brillo y la luz. Hoy, mas ocupados en el deseo de parecer profundos, que en el cuidado de serlo; poniendo por donde quiera el cartel de la ciencia, sin poner la ciencia misma; colocando hasta en la elocuencia grandes palabras extravagantemente colocadas, frias, monotonas [a]; triste y locamente ta-

[a] „Lo dislocado, lo gigantesco, parece que quieren dominar hoy. . . de todos lados se convida á los pasajeros para hacerles admirar rasgos de fuerza, sustituidos al estilo sencillo, noble, fácil de los Pelisson, de los Fenelon, de los Bossuet, de los Massillon.”

zonadores, no sabemos, entendiéndolo bien, ni raciocinar ni sentir: ó si alguna vez mostramos todavía ingenio, fuego, sentimiento y calor, es á lo mas en los delirios que son fruto de la irreligion y de la depravacion de costumbres. Es verdad que ensalzamos nuestras producciones; nos damos por sábios; llamamos á nuestro siglo el siglo de la filosofia [21]. ¡Pobres filósofos! Es el parto de los montes y ¿que paré? globos llenos de viento.

Oh hijo mio! Á veces me imagino ver aquellos famosos ingenios de los últimos siglos, aquellos hombres verdaderamente grandes, á quienes el orgullo filosófico se vió precisado á tributar homenaje [22], que renaciendo de sus propias cenizas reaparecen en medio de nosotros. Creo que les oigo elevar la voz en nuestras academias mas célebres, y dirigiéndose á sus discípulos les dicen: „Reconoceis á vuestros directores y á vuestros maestros, á vuestros guías y modelos? ¿Pretendeis por ventura rebajar su gloria, hiriendo á la religion que ellos honraron tan sinceramente, y que con tanta constancia defendieron? Qué harán nosotros acaso espíritus flacos y géntos mezquinos, cuando combatimos por ella? Qué! ¿el

(Voltaire, Carta que sigue á las Observaciones del Abate d'Olivet.)

En este siglo cabalmente, es en el que, segun el pensamiento ingenioso de Gresset, *el espíritu que se quiere tener, gasta el que se tiene.* En nuestros dias, cuando se muestra casi en todas las obras, *espíritu si se quiere, pero no sentido comun.* Y siempre, como dijo muy bien un literato, *tener mucho espíritu sin juicio, es con lo superfluo carecer de lo necesario.* (El Abate Trublet).

Ah! ¿por qué será que esta mania de bello espíritu, de los falsos resplandores de baturrillos filosoficos, se ha introducido hasta nuestros pulpitos cristianos, y que la falta de enseñanzas sencillas y accesibles á todos, de instrucciones sólidas, penetrantes y patéticas, hayan tal vez favorecido los progresos del libertinage y la irreligion?

„apego que le teniamos, el respeto que nos infundia, los elogios que nos dictaba en su favor, eran una vana preocupacion? Y cuando disipabamos con tanta solitud todos los errores; cuando en todo género demoliarnos con tanta pujanza y animosidad los altares erigidos á la credulidad; cuando buscabamos con tanto celo y buen éxito la verdad, ¿solo mereciamos desprecio, por cuanto al objeto que mas atentamente discutiamos, y que nos interesaba mas? Oh! ¿y quiénes sois vosotros para tratar nuestra creencia de supersticion, de fanatismo y de imbecilidad, cuando de comun es asegurado que á nuestros ojos tenia todo el peso del examen y toda la autoridad de la razon? ¿quiénes sois vosotros, y con qué derecho os constituis nuestros censores y jueces, vosotros á quienes por ningun título hubieramos admitido á nuestro lado, y á quienes ahora vemos remplazándonos, de lo único, quizás que tenemos admiracion?”

Esta apostrofe un poco viva, pero tan bien fundada en mi concepto, no es aquí, querido Valmont, una declamacion exagerada que nada exceptúa, que solo halla génio, ciencia y talento en los que piensan como nosotros. Hay en efecto algunos que con un gran nombre justamente merecido, y por otras causas que no pretendo profundizar, llegaron á extraviarse. ¿Pero tan solo estos deben ser autoridad para tí? ¿Y entre estos mismos de incredulidad absolutamente marcada, no hay algunos que haciéndose los fuertes contra Dios y contra su Cristo, mienten á su propio corazon [23]? ¿Cuántos testimonios favorables á la religion dejaron escapárseles! ¿Cuántas confesiones, que valen mas que los elogios! ¿Cuántas conversiones muy notables, que deponen á favor de la fé que habian abandonado! ¿Cuántas variaciones que en materia de doctrina prueban suficientemente que no sabe uno á que atenerse, si no se asegura con todas sus fuerzas de la revelacion! El fiel, prudente y virtuoso, no cambia de creencia; el incrédulo mientras no se hace cristiano, cada instante la cambia. ¡Y aún

en estos espíritus tan fuertes, qué diferencia del lenguaje que emplearon en la vida, con el que emplean al morir! Además de esto, ¿quién es aquel que adquiere nombradía entre los incrédulos y hace tal vez mas ruido? ¿No son esos espíritus ligeros, superficiales, incapaces de pensar por sí mismos, que son el eco de los demás, que solo repiten lo que oyeron decir [a], que ridiculizan porque les costaría trabajo profundizar y discurrir, y que á su turno se asustan y entran en silencio con el menor soplo? ¿No son esos catinsillos, esos cócoras de nuestros días, parecidos á los soldados de Pompeyo, llenos de polvos, perfumados, poco aptos para la guerra, y sin embargo atrevidos para desafiar al combate, que avanzan con fiereza, que hacen brillar sus armas, y que se desconciertan y ponen en fuga con darles una bofetada? ¿No son aquellos hombres raros, difíciles de definir, que rehusan parecer cristianos porque muchos lo son todavía, y que, queriendo ir solos por la senda que se abrieron, solo aguardarian un trastorno completo de ideas y de afectos, para volverse los heraldos del cristianismo! ¿No son principalmente aquellos hombres tan libertinos en sus costumbres como en su creencia, aquellos jóvenes ya consumidos en la prostitucion á los veinte años, y que así en sus escritos como en sus propositos, derraman profusamente la ponzoña de la impureza y todos los exesos de la injuria junto á la irreligion? Ah mi amigo! Al considerar la marcha ordinaria de la mayor parte de los incrédulos, no me admiro de su número: por el contrario, me admira que no haya mas. ¡Es tan cómodo no creer nada, cuando se ha depravado el corazón! Pero en fin, apesar de la depravacion del siglo y la manía de espíritu fuerte,

[a] „El mayor argumento de la multitud es la autoridad, para la mayor parte de los impi.ºs, en sentir de „un hombre de ingenio, la incredulidad es una especie „de fé.” (d'Alembert, del abuso de la crítica en materia de religion).

¿No halla la religion aún hoy mismo, entre los hombres mas célebres, defensores ó discípulos? Luego no está tan desacreditada, como decias, en el tribunal de la ciencia, del ingenio y de la filosofía; ni lo ha estado jamás desde que se dió á conocer. Sin embargo de tu aparente desprecio á los votos y opiniones de los hombres, me conduces á la autoridad, y te he respondido, Valmont, con autoridades.

¿Pero es necesario responder á todo? ¿Es verdad, por ejemplo, que las artes son opuestas al cristianismo? ¿Y no será posible abrazar el uno y cultivar las otras con buen éxito? ¿De qué artes hablas? ¿De la elocuencia, de la pintura, de la escultura, de la arquitectura, de la poesia, de la música? Mas en los géneros mas nobles, te he citado los nombres mas grandes. ¡Hombres ilustres por vuestros talentos, oradores sublimes, poetas célebres, artistas famosos, á vuestras obras apelo sobre este punto; que ellas respondan por mí! Ah hijo mio! ¿Cuántas obras maestras en todo género ha producido la religion! ¿La elocuencia de un Crisóstomo, de un Bossuet, de un Fenelon, de un Bourdaloue, de un Masillon, ejercitadas en objetos consagrados á la religion, ha degenerado de la de un Ciceron, de la de un Demóstenes? Nuestros cuadros cristianos de Rafael, de Miguel-Angel, de Bernin, esparcidos principalmente en Roma y en toda la Italia, de las que son el adorno, ¿por ventura no igualan á las pinturas y esculturas mas mentadas de la antigüedad que han llegado hasta nosotros? ¿La Iglesia de San Pedro de Roma, la de San Pablo de Londres, serian indignas de figurar por su arquitectura junto al Panteon? Las composiciones mas bellas de Coneille y de Racine, no son sus tragedias santas? ¿Y vuestras mas bellas Odas, no son Odas sagradas? ¿La música, ha perdido en nuestros templos algo de su nobleza y armonia? ¿Y aquella que en las composiciones de nuestros mas grandes profesores inspira sentimientos profundos de temor, de respeto y de amor á la divinidad, no vale muy mas